

ESCOLÁSTICA CRISTIANA

A partir del siglo XII, con la recepción de la filosofía medieval islámica y judía, comienza el verdadero despegue de la filosofía y la ciencia europeas, que tantos éxitos han llegado a cosechar en el mundo moderno. En ese inicio jugaron un papel importante las escuelas medievales, ya fueran monacales, episcopales o palatinas, y de ahí el nombre de Escolástica que recibe esa época de la filosofía. La educación se dividía en dos fases: el *trivium*, enseñanza primaria compuesta de retórica, lógica y gramática; y el *cuatrivium*, enseñanza secundaria con la materia de aritmética, geometría, música y astronomía. El método de enseñanza comprendía dos momentos: la *lectio*, exposición del maestro, que comenzaba con una lectura de un texto clásico, a la que seguía un comentario; y la *disputatio*, en la que maestro y alumnos discutían algún problema del texto. El contenido de las lecciones se centraba en la conciliación de la fe y la razón, haciendo compatibles la reflexión racional y la teología dogmática, para lo que se trataban temas como la demostración de la existencia de Dios, la distinción entre el Ser y los seres, la naturaleza del conocimiento, el problema de los ‘universales’, etc.

La escuela palatina reformada por el emperador franco, y durante esos siglos otros centros de estudio fundados en París se ampliaron hasta dar origen al centro de estudios más conocido de la época, la Universidad de Teología de París, conocida por La Sorbona; ésta fue el catalizador de la vida cultural al final del Medievo. Pronto se fundaron también universidades en Bolonia, especializada en los estudios de derecho, en Montpellier de medicina, en Salamanca, etc. Un significado especial tiene la universidad de Oxford en Inglaterra, donde ya en el siglo XIII se desarrolló una investigación empírica con Grosseteste y su discípulo Roger Bacon, precursores de la revolución científica. Estos investigadores aprendieron el método experimental de los musulmanes y lo aplicaron al descubrimiento de las leyes del universo.

El problema de los universales

Un universal es un concepto, definición o palabra, que se aplica a un conjunto de individuos. El problema de los universales consiste en saber cuál es su referencia; esto puede descomponerse en tres problemas: a) si el conjunto que nombran puede definirse con alguna precisión, b) si ese conjunto tiene una existencia como tal conjunto, más allá de la existencia de los individuos que lo componen, y c) si la especie tiene o no más realidad que los individuos que pertenecen a ella. Dicho con un lenguaje metafísico platonizante –que fue el que utilizaron los pensadores cristianos–, se trata de saber si existe algo así como la esencia de la especie nombrada por el universal. Por ejemplo, Gregorio de Nisa afirmaba que la palabra ‘hombre’ se refiere primariamente al género humano, y sólo en segundo lugar al individuo concreto, hombre o mujer. Su teoría de los universales afirma que la existencia auténtica pertenece a las esencias de las cosas, pues éstas se encuentran en forma de ideas en la mente divina, y como Dios es el ser realísimo, el que posee la mayor realidad, así también sus ideas. También la verdad, la belleza y el bien, son propiedades de las esencias de las cosas, propiedades conferidas por Dios que da la existencia. Los filósofos idealistas que afirman que las esencias de las cosas representadas por las ideas tienen más realidad que los objetos percibidos por los sentidos, se llaman ‘realistas’. La teoría del conocimiento propia de esos metafísicos realistas afirma la iluminación del intelecto humano por Dios para conocer las esencias de las cosas y recibe el nombre de ‘iluminismo’.

Cuando en la estela del platonismo cristiano, como Gregorio de Nisa, se afirma que las esencias tienen una existencia más real que las cosas de este mundo material que vemos por los sentidos, se produce una posición que se llama ‘ultrarrealismo’ o ‘realismo

extremo'; y ésta fue la idea predominante entre los pensadores medievales cristianos, hasta la crítica de Abelardo (1079-1142) a principios del siglo XII. El principal argumento de esa crítica es que el ultrarrealismo conduce al panteísmo, porque si hay una idea universal de sustancia, entonces todas las sustancias serían la misma sustancia, incluido Dios. Como conclusión, los seres y Dios serían la misma y única sustancia. Lo cual fue defendido por el neoplatonismo –que influyó en los Padres de la Iglesia-, y después por la teología racionalista de los filósofos orientales, musulmanes y judíos en su época de esplendor entre los siglos X y XII; pero eso está muy lejos de la versión trascendental del idealismo platónico que constituye la ortodoxia católica. Con Abelardo se da un paso hacia la fundamentación de la trascendencia divina, distinguiéndola de la inmanencia racionalista. La crítica de Abelardo lleva a un 'realismo moderado' que afirma que las esencias de los objetos del mundo sensible, tienen una existencia superior y más perfecta en la mente divina como 'formas ejemplares', pero no se confunden con éstas; los individuos creados por Dios participan de esas ideas sin ser iguales a ella.

La crítica de Abelardo que terminó con el ultrarrealismo, abre el camino de la teología moderna católica y será continuada por Tomás de Aquino; éste, tomando una idea de Avicena, distingue entre los universales *ante rem* –arquetipos en la mente divina que son las ideas ejemplares para la creación-, *in re* –esencias de los seres materiales que constituyen su forma sustancial-, y *post rem* –ideas formadas por la abstracción conceptual humana-. En su primera forma, los universales equivalen a los planes de la creación divina del universo y constituyen el orden esencial de la realidad; la segunda se refiere a las características comunes de los individuos que forman las especies y los géneros creados por Dios y constituyen el orden real del mundo como creación divina; la tercera, son los conceptos que la mente humana construye para entender el mundo material en el que vive y establecen el orden lógico de la mente humana.

La posición contraria al realismo es el nominalismo, para el cual los universales son sólo nombres; fue defendida en el siglo XI por Roscelino de Compiègne y en la etapa final de la Escolástica por Guillermo de Ockham y sus seguidores, que constituyeron un amplio movimiento intelectual de carácter científico. El nominalismo defiende que sólo existen los individuos concretos y no las esencias; es decir los universales son ideas *post rem*, pues sólo existen los entes particulares. ¿Cómo interpretar entonces los universales? Según la versión más radical del nominalismo, los universales no son más que las palabras usadas por los humanos, *flatus vocis*, sonido de la voz. Ciertas versiones de la orientación *alejandrina* (Alejandro de Afrodisia, Atenas, s. II) del aristotelismo han defendido esa posición.

Pero una versión más moderada, se acerca a una tercera posición que media entre el realismo y el nominalismo: el 'conceptualismo' afirma la existencia de los universales en cuanto conceptos humanos; lo que eso significa es que la inteligencia humana, cuando conoce la realidad, pone las formas mediante las que comprende las cosas, y esa comprensión está orientada por sus intenciones o finalidades. Según esto los universales existen en la mente humana. El conceptualismo parece ser la posición defendida por Ockham. Esa posición está muy cercana al 'realismo moderado', que afirma también la existencia de los universales *in re*. Para esta otra posición, los universales son el resultado de las operaciones que realiza el entendimiento sobre las cualidades sensibles de los objetos materiales; por tanto tienen existencia fuera del pensamiento, puesto que son conceptos creados mediante la abstracción de las características reales de los seres. Esa abstracción no es arbitraria, sino que se realiza en función de los intereses del sujeto humano que la realiza; los universales son *intenciones del alma*, dependen de los objetivos o finalidades del ser humano que los piensa.

Estas son las principales explicaciones de la cuestión, aunque entre esas diferentes posiciones hay muchos matices que serán adoptados por diferentes autores.

Tomás de Aquino

El avance del racionalismo científico al final de la Edad Media era imparable, y venía acompañado del desarrollo económico, el crecimiento de las ciudades y el comercio, y las transformaciones en las relaciones entre las clases sociales. Para neutralizar ese proceso revolucionario que acabaría dando origen al capitalismo, fue necesario adoptar algunos de sus postulados, al tiempo que se mantenía el orden jerárquico de la sociedad clasista. Se trata de una racionalización de la autoridad de la Iglesia.

El aristotelismo ofrecía un nuevo marco de comprensión de la realidad, que promovía el conocimiento científico en un momento crucial del desarrollo cultural europeo. En las universidades europeas de la Baja Edad Media hizo furor, adoptándose las enseñanzas de Averroes y su interpretación del aristotelismo, y estableciendo el plan de estudios superiores a partir de la filosofía aristotélica. Pero la Iglesia intentó recuperar el dominio sobre las conciencias de los cristianos y lo hizo desarrollando varios frentes de lucha.

Por un lado, condenó aquellas doctrinas que se apartaban de la ortodoxia; por otro, desmochó las puntas más afiladas de la doctrina aristotélica y la adaptó al dogma católico. La mejor manera de defender el dogma frente a los ataques del racionalismo, fue precisamente asimilar en todo lo posible los métodos racionales de conocimiento, neutralizando su crítica y señalando sus límites de aplicación. Esa fue la tarea de la que se encargó el más brillante discípulo de Alberto Magno, Tomás de Aquino, quien lograría la síntesis del aristotelismo y la filosofía cristiana.

La doctrina aristotélica fue condenada en varias ocasiones a lo largo del siglo XIII, porque se entendía a través de las interpretaciones provenientes de la cultura islámica y judía, que contradecían el dogma en puntos importantes. Pero su empuje aparecía asociado a una mayor inquietud por conocer el mundo, al despertar de los intereses científicos, y a la nueva evolución europea en la economía y la política. De ahí que algunos dominicos intentaran asimilar las categorías aristotélicas, haciéndolas compatibles con el dogma católico, aun corriendo el riesgo de ser condenados por la ortodoxia. La condenación del aristotelismo en 1277 por la reacción teológica, abarcaba también el tomismo, aunque pronto fue rehabilitado, hasta el punto de constituirse en la máxima expresión de la ortodoxia católica de la modernidad.

Como tenemos que ver el sistema tomista es conservador, en el sentido de que intenta sostener el orden jerárquico feudal a través de una metafísica aristotélica adaptada, frente a la marea herética y antidogmática que amenazaba con subvertir las relaciones clasistas de la sociedad europea en la Baja Edad Media. Por eso, las numerosas controversias que suscitaron las ideas del aquinatense, no debilitaron sino que reforzaron la nueva doctrina, y pronto tuvo un numeroso grupo de seguidores. Los dominicos adoptaron pronto el tomismo como doctrina oficial y su éxito fue reconocido por la Iglesia al canonizarle en 1323.

Razón y fe

La refutación de la teoría de la doble verdad de Averroes por Tomás de Aquino, reconoce no obstante la existencia de dos clases de verdades: aquéllas que sobrepasan absolutamente las capacidades humanas, aunque sean inteligibles y puedan conocerse por la Revelación; y aquellas otras que son inteligibles y demostrables racionalmente. Aquellas verdades divinas reveladas, inteligibles pero indemostrables, constituyen la fe religiosa que la razón debe aceptar como principios indubitables del conocimiento; de

ese modo se muestran los límites de la razón humana, subordinada a la creencia: si aparece una contradicción entre la fe y la razón, la razón se equivoca; la teología trata de las verdades divinas e interviene como árbitro de la filosofía.

Los límites así puestos a la investigación racional, tienen su compensación en la ilustración de los trabajadores manuales y el pueblo llano por la enseñanza religiosa. El sentido de la fe religiosa es dar a conocer al pueblo llano ciertas verdades difícilmente accesibles al entendimiento, porque exigen muchos años de estudio; entre esas verdades está la existencia de un solo Dios, que puede ser demostrada por la razón a través de un enorme esfuerzo intelectual: *'por eso fue conveniente presentar a los hombres, por vía de fe, una certeza fija y una verdad pura de las cosas divinas'*. La religión monoteísta es entendida como una elevación cultural de la población, que accede a una idea superior de humanidad a través de los símbolos religiosos.

Metafísica

El segundo objetivo de la filosofía de Tomás de Aquino es la erradicación del materialismo y el panteísmo que se expandía poderosamente con la influencia islámica y judía. Partiendo de la teoría hylemórfica de Aristóteles, según la cual toda sustancia está compuesta de materia y forma, su metafísica está orientada a quitarle realidad a la materia, y a 'desrealizar' el mundo sensible. La verdadera realidad está en la forma, mientras que la materia es la pura posibilidad pasiva que sólo existe por la forma que se une con ella por el acto creador de Dios. La única propiedad asignable a la materia es la cantidad, pero ésta sólo aparece en la unidad sustancial con la forma, en sí misma la materia no tiene propiedades. La materia es también un principio de individuación, mientras que la forma es universal.

Dios eterno es acto puro, su esencia consiste en existir y su potencia es activa, no pasiva; por tanto, no tiene mezcla de materia, es pura espiritualidad trascendente. Existen otras formas incorpóreas sin mezcla de materia, que son los ángeles, inteligencias o formas separadas, pero sólo Dios es una realidad simple y sin composición. Pues todos los seres se componen de esencia y existencia; pero solo la esencia divina consiste en existir. Por lo tanto, la esencia de los ángeles es sólo posible, y su existencia proviene de Dios, creador de toda la realidad. La esencia define a las cosas; la existencia es la perfección que actualiza la esencia. La esencia es la posibilidad de ser; la existencia es el acto de ser. Esencia y existencia coinciden en el Ser Necesario. La radical diferencia entre el creador y lo creado se manifiesta como trascendencia divina, por tanto la materia no juega ningún papel activo, es creada junto con el mundo. De ese modo se establece una jerarquía de los seres, en cuya cúspide se encuentra el Acto Puro, realidad simplicísima. Luego los ángeles o inteligencias, que son sustancias separadas o espíritus sin materia, sólo tienen forma pero están compuestos de esencia y existencia. Después el ser humano, compuesto de materia y espíritu, cuerpo y alma, que se encuentra a caballo entre el mundo espiritual y el corporal; y finalmente los seres corpóreos, compuestos de materia y forma, que en escala descendente van bajando desde los animales, vegetales, inanimados, hasta los primeros elementos. Esa escala metafísica contiene implícitamente un sistema jerárquico de valores, que define y perfila la metafísica del platonismo tradicional. En esa escala, los valores espirituales son superiores y dominan sobre los valores vitales y económicos. Pero en la cúspide de ese orden se sitúan los valores religiosos, pues la religión es el medio para la implantación en el ser humano de una conciencia regida por valores.

Éste es el núcleo de la metafísica cristiana, que sirve para establecer un fundamento a una sociología cristiana de las clases sociales como organización racional de la sociedad. El orden metafísico de los seres es la representación ideal del orden clasista de

la sociedad en el feudalismo, y más precisamente del ideal teocrático de la Iglesia romana; en la cúspide se encuentra el representante de Dios en la tierra, el Papa, expresión misma de la excelencia de los valores religiosos; siguen las distintas categorías feudales, y en primer lugar los clérigos que tratan con la moral, la ciencia y el arte, actividades que realizan los valores espirituales; a continuación los nobles guerreros cuya alma se rige por el valor y la fortaleza, serían representantes de una determinada concepción de los valores vitales; finalmente, en la escala inferior los trabajadores manuales que en sus diferentes oficios se ocupan con las cosas materiales de la producción económica. Ese esquema está copiado de la utopía platónica.

La estructura social viene a justificarse por la especulación metafísica, que se convierte así en la ideología legitimadora del mismo.

La idea de Dios trascendente no sólo es el objeto investigado por la teología y, por tanto, el objetivo principal de la reflexión medieval, es también la clave de bóveda que sujeta desde arriba todo el sistema filosófico, que justifica el orden social clasista. Por eso, la distinción entre filosofía y teología en Tomás de Aquino conlleva la necesidad de construir una teología natural como parte, culminación y justificación de la reflexión racional. La filosofía comienza, como la ciencia empírica, por el conocimiento de lo sensible como certeza primera de la vida humana, para elevarse hasta la idea de Dios, como suprema conquista conceptual de la razón.

Ética y política en Tomás de Aquino

El ser humano está creado por Dios para salvarse en la beatitud eterna; por tanto tiene un fin sobrenatural que se sobrepone a sus fines naturales. Pero el ser humano no puede alcanzar ese fin sobrenatural por sus propias fuerzas y necesita del concurso divino, que ayuda a los creyentes otorgando la gracia a través de su Iglesia. La Iglesia administra de ese modo la salvación de los fieles mediante los sacramentos. Por tanto, junto a una ética de carácter natural que Tomás de Aquino recibe de Aristóteles, se propone una moral cristiana fundada en las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que se realizan a través de la Iglesia y cuya posesión garantizan la salvación del alma.

La comunidad cristiana se establece sobre ese fundamento moral; pero al tener que convivir con la humanidad no cristiana dentro del mundo terrenal, debe reconocer la necesidad de una organización de la sociedad humana mediante el Estado. En la Edad Media el poder político está subordinado a la institución eclesiástica, pero en el tránsito hacia la modernidad éste se emancipa de la subordinación a la Iglesia. Tomás de Aquino vive una época en la que se resquebraja el sistema teocrático de catolicismo romano y comienzan a emerger los Estados modernos laicos, soberanos e independientes del poder papal; por eso su teoría política introduce modificaciones en la doctrina tradicional de la Iglesia medieval, que siguiendo Agustín afirmaba que el Estado era consecuencia del pecado original. Tomás reconoce que el Estado es una institución natural, fundada en la vida terrenal del ser humano, el cual necesita vivir en sociedad. Sus funciones provienen de las necesidades humanas: la debilidad corporal del ser humano es una característica que exige ser remediada por la sociedad mediante la defensa en común; otro elemento de la sociabilidad humana es la división del trabajo que hace más agradable y fácil la vida, para lo que el Estado debe organizar la cooperación entre los miembros de la sociedad. El hecho de que posea un lenguaje articulado para la comunicación es otro dato de la vida social y permite la especialización en el conocimiento; el saber es la suma de los conocimientos particulares de cada ser humano que se puede comunicar a los demás.

Como el ser humano vive en sociedad, necesita una institución que establezca el orden entre sus miembros. El Estado garantiza la cooperación y la defensa de los ciudadanos:

el fin del Estado es la vida buena, promoviendo el bienestar corporal y las virtudes de sus súbditos. En la clasificación de las constituciones políticas, también Tomás de Aquino sigue a Aristóteles: los Estados son buenos cuando promueven la virtud de los ciudadanos y malos cuando expanden el vicio. En el Estado bueno, el gobierno procura el bien público; en cambio, cuando el gobernante busca su exclusivo bien particular deja de ser un servidor del Estado y éste se corrompe.

Gobiernos buenos pueden ser la monarquía, la aristocracia y la democracia. En cambio el mal gobierno es el que mira sólo por los intereses de los gobernantes; pueden ser tiranía, oligarquía y demagogia. El Estado proporciona la unión de la sociedad, evitando la dispersión de sus miembros. Por eso la forma más perfecta de gobierno es la monarquía, donde la unidad del poder representa la unidad social. Pero el peor es la tiranía, cuando uno sólo gobierna en su propio provecho sin mirar por el bien público. Desde el punto de vista de la vida terrena, el bien público, el bien de todos los ciudadanos, coincide con el bien particular de cada uno de ellos; el bien propio no puede conseguirse a menos que se consiga el bien público. Pero desde el punto de vista sobrenatural y espiritual, el bien privado es la salvación eterna de cada individuo, una relación particular con Dios; por tanto, se establece aquí una escisión entre el bien particular de los individuos y el bien común de la sociedad. Es la Iglesia entonces, y no el Estado, la encargada de establecer la armonía entre los miembros de la sociedad a través de la vida moral. La utopía cristiana consiste en pensar que de ese modo se podría conseguir una sociedad que eliminase la coacción política. Pero para ello necesita la unanimidad en la creencia controlada por la Iglesia; y esto no es posible por la pluralidad de las creencias humanas. Como consecuencia el catolicismo se convierte en una religión intolerante y el cristianismo adopta rasgos sectarios. Por eso la modernidad seguirá el camino laico del Estado, en el que se admite la pluralidad de las creencias bajo el principio de una ley universal común.